

ses, cuando un hombre de ciencia, amigo del pueblo y que hace profesion de enseñar la historia y el progreso, á través de un diluvio de frases elegiacas y ditirámicas, no supo emitir sobre la cuestion social más que este desgraciado juicio?

«En cuanto al comunismo, una sola palabra basta. El último país en donde la propiedad será abolida, es la Francia precisamente. Si, como decia alguno de esta escuela, *la propiedad es un robo*, hay aquí veinticinco millones de propietarios que no se dejarán despojar mañana.»

El autor de esta bufonada es el Sr. MICHELET, profesor en el colegio de Francia, miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas, y el *alguno* á quien alude soy yo. El Sr. Michelet pudo nombrarme sin temor de que me avergonzase: la definicion de la propiedad es mia, y toda mi ambicion consiste en probar que comprendí su sentido y su extension. ¡*La propiedad es el robo!* En mil años no se vuelven á decir dos palabras como esas: no tengo más bienes en la tierra que esa definicion de la propiedad; pero la creo más preciosa que todos los millones de Rothschild, y me atrevo á decir que será el acontecimiento más notable del reinado de Luis Felipe.

Pero... ¿quién le ha dicho al Sr. Michelet que la negacion de la propiedad implica necesariamente el comunismo? ¿Cómo sabe que la Francia es el último país del mundo que abolirá la propiedad? ¿Por qué en vez de *veinticinco millones* de propietarios no dijo *treinta y cuatro*? ¿En dónde nos vió acusar á las personas, como acusamos las instituciones? Y cuando añade que los veinticinco millones de propietarios que hay en Francia no se dejarán despojar mañana, ¿quién le dá derecho de suponer que se necesita para nada su consentimiento? En cinco líneas, el Sr. Michelet tuvo el talento de ser cinco veces absurdo: sin

duda quiso realizar la prediccion que yo hice en otro tiempo respecto á la persona que en lo sucesivo quisiese defender la propiedad. Pero... ¿qué se puede responder á un hombre que, despues de cuarenta años de estudios sobre la historia, se presenta predicando en el siglo XIX la emancipacion por el INSTINTO? Que otros discutan con el Sr. Michelet; yo, por mi parte, le recomiendo el estudio de la cronología.

## CAPÍTULO XII

## ÉPOCA NOVENA. — LA COMUNIDAD

*A mi amigo Villegardelle, comunista.*

Mi querido Villegardelle:

A su debido tiempo recibí vuestras dos últimas publicaciones, y os doy las gracias.

He leído la ARMONÍA DE LOS INTERESES, con el encanto que debian producirme vuestro espíritu sutil, vuestro pensamiento vivo y ligero y vuestra expresion siempre escéptica y cáustica. ¿Qué se puede buscar en un escrito comunista, sino la imaginacion y el talento del escritor?

Lo que me impresionó en la HISTORIA DE LAS IDEAS SOCIALES, fué el segundo título: *Los socialistas modernos adelantados y aventajados por los antiguos pensadores y filósofos*. Confieso que encuentro en esto ménos malicia que candor. ¡Qué bella recomendacion para nuestra causa, hacer ver á un público, imbuido de las ideas de progreso, que la invencion se debilita en nosotros á medida que la civilizacion se desarrolla sobre su base propietaria, y gritar pú-

blicamente, por más que sea cierto, que el socialismo está en decadencia desde Platon y Pitágoras! ; Y qué advertencia al lector en la primera página de una publicacion comunista! Vos, que habeis frecuentado el falansterio, mi querido Villegardelle, ¿sois tan poco hábil?

Os confieso que me gusta mucho el título de UTOPIA que dais en general á todo proyecto de reforma contrario á la propiedad. De hecho y de derecho, el socialismo, que protesta eternamente contra la razon y la práctica social, no es ni puede ser nada. Al revés de las trabas que puso al libre comercio, y de las cuales los economistas piensan triunfar con el tiempo, el socialismo no viene nunca; no hay hora marcada para él, y está condenado á un perpétuo aplazamiento. Os felicito, mi querido Villegardelle, por este feliz descubrimiento.

Vos decís, con mucha razon á mi modo de ver, que *el público refiere todas las ramas del socialismo al antiguo tronco de la comunidad*. Por esta razon, vos mismo, despues de haber examinado la utopia de Saint-Simon, y más tarde la de Fourier; habiendo visto que estas personas no procedian de buena fé ó se detenian en la mitad del camino, os hicisteis comunista. Y en efecto: ¿contra qué se levantaron los reformadores de todos los tiempos? Contra la propiedad: pues bien; la negacion de la propiedad es el comunismo. El más pobre icariano puede, como si fuese un Aristóteles, llegar á esta consecuencia, y vuestra profesion de fé actual depende por completo de la fatalidad de este razonamiento.

¿Por qué, pues, os preguntareis sin duda, por qué yo, que protesto tan enérgicamente contra la propiedad, no imito vuestro ejemplo? ¿Y cómo, á pesar de la negacion más decidida, soy todavía el ménos avanzado de los socialistas modernos, que todos son

ménos avanzados que los antiguos? Demoler la propiedad, era hermoso, sublime; pero rechazar en seguida el comunismo en nombre de no sé qué metafísica, ¿se puede dar algo más inconsecuente? Hace seis años que persisto en esta declaracion ambigua: ¿qué puedo responder al socialismo desconcertado y suspicaz?

Os doy gracias, mi querido Villegardelle, por haber reconocido mi insolidaridad frente á frente del comunismo. Mi justificacion será más fácil, porque tengo todos los elementos necesarios en vuestras obras. Vos mismo lo decís: El socialismo, ó la comunidad, decae de una manera continua, porque es una utopia, es decir, nada. El socialismo retrocede á medida que la sociedad avanza, afirma y realiza sus ideas íntimas y toma posicion en la experiencia; del mismo modo que la propiedad se modifica á medida que el legislador descubre las leyes de lo justo, y la pura esencia de la humanidad se manifiesta. Hé ahí lo que el socialismo y la economía política han demostrado, y lo que ambos aceptamos de uno y otra.

«Soy, pues, comunista como vos, mi querido Villegardelle; pero hipotéticamente nada más, y en tanto que niego la propiedad. Destruida ésta, será preciso examinar la hipótesis comunista; y viendo entónces que el comunismo está, como la propiedad, en decadencia continua; que es utópico, quiero decir, igual á nada; que cuando trata de reproducirse se resuelve en una caricatura de la propiedad, para ponerme de acuerdo conmigo mismo y ser fiel á la razon y á la experiencia, me veo precisado á concluir contra la comunidad, como ántes lo hice contra la propiedad; y si soy el ménos avanzado de los socialistas, es porque salgo de la utopia, mientras los demás permanecen en ella.»

¿Procede esta doble negacion de error, ó de burla? Creo firmemente, mi querido Villegardelle, que en la naturaleza misma de la sociedad está la causa, y no desespere de convencerlos, si os dignais descender conmigo de la sublimidad de los oráculos socialistas al exámen práctico de las cosas. Recordad, ántes de todo, que al exponer mis razones, no sostengo una opinion mia, sino que me limito á explicar la vuestra, á justificar el título que llevais y á conciliar vuestras insinuaciones y vuestras iras, con la profesion de fé que habeis hecho. ¡Nosotros vivimos sobre dos mentiras!... ¡Es extraño que, porque paso mi vida demostrando esta contradiccion de nuestra naturaleza, se me acuse de ser contradictorio en todo!

§ I.— La comunidad procede de la economía política.

La primera cosa que me puso en guardia contra la utopia comunista, y de la cual ni siquiera sospechan sus partidarios, es que la comunidad es una de las categorías de la economía política, de esta pretendida ciencia que el socialismo tiene la mision de combatir, y que yo he calificado de Descripción de las rutinas propietarias. Así como la propiedad es el monopolio elevado á la segunda potencia, la comunidad es la exaltacion del Estado, la glorificacion de la policía. Y así como el Estado se estableció, en la quinta época, como una reaccion contra el monopolio, así tambien, en la faz á que hemos llegado, el comunismo se presenta á dar el jaque-mate á la propiedad.

El comunismo, pues, reproduce, aunque en sentido inverso, todas las contradicciones de la economía política. Su secreto consiste en sustituir al individuo con el hombre colectivo en todas las funciones sociales; produccion, cambio, consumo, educacion

y familia. Y como esta nueva evolucion no concilia ni resuelve nada, llega fatalmente, como las anteriores, á la iniquidad y á la miseria.

Así, pues, el destino del socialismo es completamente negativo: la utopia comunista, salida del dato económico del Estado, es la contra-prueba de la rutina egoista y propietaria. Bajo este punto de vista no carece de utilidad, y sirve á la ciencia social como sirve á la filología la oposicion de NADA á ALGO. El socialismo es una logomaquia, y me sorprende que los economistas no se hayan apercebido de ello. La comunidad, como la competencia, el impuesto, la aduana y el banco, pertenece á la economía política; la comunidad está en el fondo de las teorías de la division del trabajo, de la fuerza colectiva, de los gastos generales, de las sociedades anónimas en comandita, de las cajas de ahorros y de seguros, de los bancos de circulacion y de crédito, etc., etc., etc.: en una palabra; la comunidad existe en todas partes como el espacio, y no es nada.

Todas las utopias sociales, desde la *Atlántida* de Platon hasta la *Icaria* de Cabet, examinadas en su significacion, se reducen á esta sustitucion de una antinomia con otra. En cuanto á la invencion, el mérito de todas es igual á cero; el adorno no es más que un accesorio insignificante, y por lo que se refiere á la decadencia de la facultad utopista que vos señalais en los autores, procede únicamente de las correcciones que la experiencia les impone, y que son otras tantas apostasías por su parte. Por lo demás, estos escritores, cuyas intenciones no me importa conocer, son todos unos insípidos plagarios de los economistas, propietarios disfrazados que, mientras la humanidad sube penosamente la montaña en donde debe transfigurarse, se atribuyen la originalidad del descenso.